

UNIVERSIDAD DE COSTA RICA
CONSEJO UNIVERSITARIO
ACTA DE LA SESIÓN N.º 6595 SOLEMNE

CELEBRADA EL LUNES 23 DE MAYO DE 2022
APROBADA EN LA SESIÓN N.º 6628 DEL JUEVES 25 DE AGOSTO DE 2022



TABLA DE CONTENIDO
ARTÍCULO

PÁGINA

ÚNICO. Entrega del título de Doctor *Honoris Causa* al escritor nicaragüense, Dr. Sergio Ramírez Mercado 2

Acta de la **sesión N.º 6595 solemne**, celebrada por el Consejo Universitario el día martes veintitrés de mayo de dos mil veintidós, en el Aula Magna, Plaza de la Autonomía.

Participan los siguientes miembros: Dr. Germán Antonio Vidaurre Fallas, director, Área de Ciencias Básicas; Dr. Gustavo Gutiérrez Espeleta, rector; Dr. Carlos Palma Rodríguez, Área de Ciencias Sociales; M.Sc. Ana Carmela Velázquez Carrillo, Área de Ciencias Agroalimentarias; Dr. Eduardo Calderón Obaldía, Área de Ingeniería; Ph.D. Ana Patricia Fumero Vargas, Área de Artes y Letras; Dr. Jaime Alonso Caravaca Morera, Área de Salud; Dr. Carlos Araya Leandro, Sedes Regionales; MTE Stephanie Fallas Navarro, sector administrativo; Srta. Miryam Paulina Badilla Mora y la Srta. María José Mejías Alpizar, sector estudiantil, y Lic. William Méndez Garita, representante de la Federación de Colegios Profesionales.

La sesión se inicia a las diez horas y cuatro minutos, con la participación de los siguientes miembros: Dr. Gustavo Gutiérrez, Dr. Carlos Palma, M.Sc. Ana Carmela Velázquez, Dr. Eduardo Calderón, Ph.D. Ana Patricia Fumero, Dr. Jaime Alonso Caravaca, Dr. Carlos Araya, MTE Stephanie Fallas, Srta. Miryam Paulina Badilla, Srta. María José Mejías, Lic. William Méndez y Dr. Germán Antonio Vidaurre.

Maestra de ceremonias: Licda. María del Mar Izaguirre.

Punto único: Entrega del título de Doctor *Honoris causa* al escritor nicaragüense Dr. Sergio Ramírez Mercado.

ARTÍCULO ÚNICO

Acto de entrega del título de Doctor *Honoris Causa* al escritor nicaragüense, Dr. Sergio Ramírez Mercado.

MAESTRA DE CEREMONIAS: —Muy buenos días, la Benemérita Universidad de Costa Rica les da la más cordial bienvenida a esta sesión solemne del Consejo Universitario, en la cual se entregará el título de Doctor *Honoris Causa* al escritor nicaragüense Dr. Sergio Ramírez Mercado.

Estamos transmitiendo en directo desde el Aula Magna de la Plaza de la Autonomía, un saludo muy especial a quienes nos acompañan a través de la señal de Canal Quince UCR y por medio de las diferentes plataformas digitales de nuestra *alma mater*.

Nos acompañan en el escenario el Dr. Gustavo Gutiérrez Espeleta, rector de la Universidad de Costa Rica; el Dr. Germán Vidaurre Fallas, director del Consejo Universitario, y nuestro invitado de honor: el Dr. Sergio Ramírez Mercado; igualmente los miembros del Consejo Universitario se encuentran ubicados en las primeras butacas de este auditorio, a quienes saludamos muy cordialmente.

Está con nosotros la M.Sc. Ana Carmela Velázquez Carrillo, el Dr. Carlos Palma Rodríguez, la MTE Stephanie Fallas Navarro, el Dr. Carlos Araya Leandro, la Dra. Patricia Fumero Vargas, el Dr. Eduardo Calderón Obaldía, el Dr. Jaime Caravaca Morera, el Lic. William Alberto Méndez Garita, la Srta. Miryam Padilla Mora y la Srta. María José Mejías Alpizar.

• *Apertura de la Sesión*

MAESTRA DE CEREMONIAS: —De inmediato, el señor director del Consejo Universitario procederá a hacer la apertura de esta sesión solemne.

EL DR. GERMÁN VIDAURRE: —Muy buenos días a todas y todos. Al ser las 10:04 a. m., doy por abierta la sesión solemne N.º 6595 del Consejo Universitario, con punto único en el orden del día: Entrega del título de doctor *Honoris causa* al escritor nicaragüense Dr. Sergio Ramírez Mercado.

MAESTRA DE CEREMONIAS: —Iniciamos esta ceremonia entonando nuestro himno nacional, les solicito ponerse de pie.

***** Se entona el himno nacional *****

MAESTRA DE CEREMONIAS: —Pueden tomar asiento. Seguidamente, escucharemos el mensaje del señor director del Consejo Universitario el Dr. Germán Vidaurre Fallas.

• **Palabras del director del Consejo Universitario, Dr. Germán Vidaurre Fallas.**

DR. GERMÁN VIDAURRE: —Estimado señor rector, Dr. Gustavo Gutiérrez Espeleta; Dr. Sergio Ramírez Mercado, miembros del Consejo Universitario de la Universidad de Costa Rica y de los consejos universitarios y del consejo institucional de las universidades hermanas; señoras y señores vicerrectores, decanos, directores de sedes regionales y unidades académicas y demás autoridades universitarias; estudiantes que nos acompañan, docentes, personal administrativo, demás personas presentes en el Aula Magna y quienes siguen en vivo esta transmisión a través de diversos canales de comunicación, tanto en nuestro país como en los países hermanos centroamericanos, sean bienvenidos y bienvenidas.

En octubre del año pasado, dos unidades académicas de nuestra Universidad: la Escuela de Geografía y la Escuela de Filosofía, coincidieron en proponer ante sus respectivas asambleas el otorgamiento del título de Doctor *Honoris causa* al ilustre escritor nicaragüense Dr. Sergio Ramírez Mercado.

Este Consejo Universitario acogió las solicitudes y, en apego al procedimiento que establece el *Estatuto Orgánico de la Universidad de Costa Rica*, acordó en la sesión N.º 6544, del 23 de noviembre de 2021, otorgarle la máxima distinción que concede esta Universidad a profesionales, académicos e investigadores destacados, cuyos estudios o trabajos de índole cultural posean gran significación y trascendencia nacional e internacional.

Así que con un atento saludo invito a que iniciemos una semana de reconocimiento y celebración al poder e impacto que las artes y las letras han tenido en la construcción de nuestras sociedades y de nuestra identidad cultural.

Me llena de gratitud compartir y celebrar con ustedes la entrega del Doctorado *honoris causa* a tan respetable y admirable persona. Por esto, en el marco de la actividad que hoy nos convoca, permítanme brindar unas breves palabras que enfatizan el derecho humano de la libertad de pensamiento y expresión como fundamento para el desarrollo y promoción de la democracia, en relación con la increíble labor y ejemplo que nos ha venido brindando el Dr. Sergio Ramírez Mercado.

La Corte Interamericana de Derechos Humanos ha indicado que:

“La libertad de expresión se inserta en el orden público primario y radical de la democracia, que no es concebible sin el debate libre y sin que la disidencia tenga pleno derecho de manifestarse”¹, y por esto a este derecho se le considera como “la piedra angular de la democracia”².

Este derecho humano comprende dos dimensiones: una individual y una social, ambas deben ser protegidas, respetadas y garantizadas por los Estados.

Respecto a la esfera individual, se alude a que la libertad de pensamiento y expresión implica el derecho que tiene toda persona de pensar, buscar, recibir información, expresar sus ideas y poder difundirlas

1 OC 05/85; pág. 20

2 Pág. 21

por diferentes canales de comunicación –sin represiones ni obligación alguna–, sino por el simple hecho de querer.

En segundo lugar, respecto al ámbito social, el que a una persona se le permita externar sus pensamientos conlleva el impulso de opiniones colectivas, que permite conocer el pensamiento y las ideas de otras personas. Esto solo es posible por medio del amplio acceso a la información y su diversidad, lo que genera consigo la formación de un pensamiento colectivo, de multiplicidad de criterios, de posiciones y de opiniones públicas.

Respecto a este último punto, su importancia radica en que la conformación de opiniones públicas y pensamientos colectivos promueve grupos de interés y de movimientos sociales que luchan contra las injusticias de un sistema opresor, por la promoción de los derechos, por el bienestar común. Además, como bien lo señala este tribunal, la libertad de pensamiento y expresión:

Es también conditio sine qua non para que los partidos políticos, los sindicatos, las sociedades científicas y culturales, y en general, quienes deseen influir sobre la colectividad puedan desarrollarse plenamente. Es, en fin, condición para que la comunidad, a la hora de ejercer sus opciones, esté suficientemente informada. Por ende, es posible afirmar que una sociedad que no está bien informada no es plenamente libre³.

Sin duda alguna, la promoción y vigencia a este derecho de libertad de pensamiento y expresión es crucial para el desarrollo del ser humano como ser individual, de la sociedad, de la democracia y para generar y promover cambios en favor de una reivindicación, pero, más allá de esto, para una prevención y adopción de políticas públicas que aseguren y eviten menoscabos a las personas y a la institucionalidad democrática.

Para la Universidad de Costa Rica es un honor celebrar hoy este acto solemne de investidura de Doctor *Honoris causa* a un escritor y pensador de la talla de don Sergio Ramírez Mercado, quien ha demostrado que sí se puede ser agente de cambio, dejar huella y marcar un antes y un después en la historia.

La amistad cultural del señor Ramírez Mercado con nuestro país y con esta casa de estudios es de muy larga data, se remonta a la década de los años 60 del siglo pasado, cuando dirigió la Confederación Universitaria Centroamericana desde Costa Rica, cuya misión era unificar los programas de enseñanza en la educación superior, crear proyectos académicos y escuelas regionales de posgrado.

Muchos fueron sus aciertos académicos y culturales durante su paso por la Confederación. Participó en la creación de la Escuela Centroamericana de Sociología, en la que se formaron cuadros políticos importantes; en la fundación de la Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA), espacio vital para las letras y escritores centroamericanos, quienes vieron realizado su sueño de que una Editorial les publicara sus libros, pero sobre todo por la valiosa labor de difusión y de desarrollo de la literatura de la región. También organizó un festival cultural con motivo de la celebración del 150.º aniversario de la Independencia de Costa Rica y una bienal de pintura.

Como dijo unos minutos antes doña Tulita (esposa de don Sergio), Costa Rica también ha sido hogar de don Sergio Ramírez Mercado y de su familia.

De su gran capacidad como gestor cultural, sobresale la creación del Festival Centroamérica Cuenta, uno de sus logros más visibles y hermosos de los últimos tiempos, que se realiza ininterrumpidamente desde hace 9 años, pese a las tropelías políticas que azotan su país Nicaragua y a la pandemia, y que logra reunir a escritores, críticos, dramaturgos, periodistas, libreros, cineastas de gran renombre, y con el que, entre otras apuestas, busca proyectar y difundir la literatura iberoamericana desde Centroamérica y promover la cultura de los países de la región. Labor encomiable que demuestra su solidaridad y altruismo con la cultura centroamericana.

Muchas son las facetas de don Sergio Ramírez Mercado, como queda demostrado en las argumentaciones esgrimidas en las propuestas de postulación: doctor en Derecho (su primer logro académico), periodista, escritor de amplia producción literaria entre cuentos, novelas, ensayos, testimonios, columnas periodísticas; gestor cultural y político. Todas con mayúscula, porque el compromiso y la responsabilidad con que desarrolla su trabajo son incuestionables.

Abundante, fascinante, amorosa, poderosa y entretenida es la literatura de don Sergio Ramírez Mercado, para quien el mandamiento más sagrado en el arte de contar historias es el de “no aburrirás”.

En sus propias palabras, considera que los temas de la literatura, desde siempre, son cuatro: el amor, la locura, la muerte y el poder, de este último reconoce que lo seduce mucho. El que cuenta –dice– debe saber engañar, porque quien lee exige respeto y quiere ser encantado, quiere ser engañado de verdad, escuchar mentiras verdaderas y no mentiras que suenen a mentiras. Para él, hay una diferencia entre la mentira y la falsedad, entre la imaginación y la fantasía. La imaginación es seria, la fantasía no lo es. Congruencia y similitud son los elementos que posibilitan la credibilidad de la literatura. Como lector, yo podría afirmar que aquí radica buena parte del compromiso de don Sergio Ramírez Mercado con la calidad literaria de sus escritos.

Una de las razones del Consejo Universitario para otorgar esta distinción, reza:

“El Dr. Sergio Ramírez es un autor comprometido con la realidad, aparece en el panorama centroamericano e hispanoamericano como una persona trabajadora que defiende sus ideales más allá de las circunstancias. La calidad literaria de sus escritos es un ejemplo de la posibilidad de revolucionar las estructuras del lenguaje y continuar con sus utopías: la justicia, la solidaridad, la equidad, considerados auténticos asideros de su vida. Todas estas características lo convierten en un autor imprescindible y de referencia en el panorama literario latinoamericano y en la literatura hispanoamericana”.

Su oficio de escritor le ha dejado grandes satisfacciones, lo atestiguan sus múltiples distinciones, premios y reconocimientos, entre ellos el Premio Internacional Dashiell Hammett de Novela (1990) por *Castigo divino*; el Premio Internacional de Novela Alfaguara (1998) y el Premio Latinoamericano de Novela José María Arguedas (2000) por *Margarita, está linda la mar*; el Premio Laure Bataillon (1998) por *Un baile de máscaras*; el Premio Miguel de Cervantes (2017), que constituye el máximo galardón que se le confiere a la producción literaria en lengua española. Su labor ha sido reconocida con el título Doctor *Honoris causa* por varias universidades de América y Europa, y sus publicaciones han sido traducidas al portugués, inglés, francés, italiano, alemán, holandés, danés, finlandés, noruego, sueco, serbio, esloveno, ruso, búlgaro, chino mandarín, chino simplificado, japonés y hebreo.

Sin embargo, su escritura sí que incomoda al régimen Ortega-Murillo y por eso ha tenido que dejar Nicaragua. Es reprimido, según sus propias palabras, como escritor, porque la dictadura no tolera la imaginación, la libertad creadora, ni de palabra ni de prensa; subraya que su compromiso como escritor es con la democracia y con la libertad.

El Dr. Sergio Ramírez Mercado se ha insertado en procesos políticos, especialmente en Nicaragua, país que lo vio nacer, y su lucha ha sido en contra de un sistema opresor. Así, por ejemplo, para 1959 formó parte del proceso político revolucionario en contra de la dictadura del señor Anastasio Somoza Debayle y, como parte de la estrategia para lograr el fin de este periodo dictatorial, en 1960 fundó, junto con el señor Fernando Gordillo Cervantes, la revista *Ventana*, la cual le permitió difundir y externar sus pensamientos e información relevante entorno a ideas revolucionarias en contra de este tipo de regímenes.

En este sentido, la revista le permitió no solo expresarse, sino que el resto de las personas pudieran conocer sus pensamientos y tener acceso a la información, además de la consolidación de grupos de pensadores con similitud de ideales y criterios y la formulación de un pensamiento colectivo y, a su vez, que esto implicara la consolidación de grupos de resistencia cada vez más fuertes en contra de un sistema dictatorial en esos años y en contra de la familia Somoza.

Su lucha en contra del sistema se basó en tomar acciones afirmativas que aseguraran la integridad de quienes perseguían intereses distintos a los que el sistema les quería imponer, como, por ejemplo, la Secretaría de Asuntos Estudiantiles, refugio y apoyo para estudiantes.

El expresar ideas y pensamientos, y querer generar un cambio puede marcar el inicio de un nuevo rumbo, el Dr. Sergio Ramírez Mercado nos demuestra que por medio de la literatura –principalmente, pero no únicamente– se puede externar su criticidad ante diversas circunstancias al adaptar el lenguaje de la escritura, por ejemplo, hacia la población a la cual desea dirigirse.

No cabe duda de que su palabra ensordece, enloquece y desestabiliza a la pareja presidencial nicaragüense, pero a la comunidad de esta casa de enseñanza y formación su palabra nos fascina, nos apasiona y nos encanta, a pesar de Tongolele, que no sabía bailar. Doctor Sergio Ramírez Mercado, ¡gracias por aceptar esta distinción que la Universidad de Costa Rica le ofrece y sea siempre cordialmente bienvenido a esta su nueva *alma mater*!

Ahora bien, para todos nosotros, tenemos el ejemplo de don Sergio Ramírez Mercado que ha dedicado gran parte de su vida a la búsqueda del bienestar común; justo en estos momentos debemos cuestionarnos si hay conductas cometidas inclusive por nosotros mismos que puedan afectar un régimen democrático; porque la democracia se vive, se promueve y se protege todos los días con cada una de nuestras conductas y acciones.

Cierro este discurso señalando que no solamente se trata de una reivindicación, sino también de una prevención y promoción, porque debemos hacer consciencia de no atentar contra las instituciones democráticas y promover políticas que contribuyan a su fortalecimiento; preguntémosnos si en estos momentos nuestro derecho a la libertad de pensamiento y expresión puede ser ejercido con plenitud; por ejemplo, ¿realmente la información que recibimos en estos días es objetiva, oportuna y veraz?

Hago un llamado a que como seres humanos, distintos en esencia –lo cual enriquece a la sociedad–, seamos también conscientes de que construimos universidad por medio de la multiplicidad de criterios, de información, de posiciones; por esto, debemos practicar el valor de la tolerancia, el respeto y la igualdad, donde prime ambientes de paz y sana convivencia. ¡Muchas gracias!

MAESTRA DE CEREMONIAS: —Seguidamente escucharemos el mensaje del señor rector de la Universidad de Costa Rica, el Dr. Gustavo Gutiérrez Espeleta.

• ***Palabras del rector de la Universidad de Costa Rica, Dr. Gustavo Gutiérrez Espeleta***

EL DR. GUSTAVO GUTIÉRREZ: –Muy buenos días tengan todos y todas, un cordial saludo para el Dr. Sergio Ramírez Mercado, escritor e intelectual nicaragüense; cordial saludo a su señora esposa, al Dr. Germán Vidaurre Fallas, director del Consejo Universitario, y demás personas integrantes de este órgano colegiado; saludo a nuestras vicerrectoras y vicerrectores, también a las autoridades universitarias, personal docente y administrativo, comunidad estudiantil de la Universidad de Costa Rica, amigas y amigos que siguen esta transmisión por las diferentes vías institucionales.

Dice la reconocida escritora mexicana, Ángeles Mastretta, que la vida de quien hoy homenajeamos “es una mezcla ardiente de una doble pasión: las palabras y la justicia. Las palabras como un delirio, como un juego, como un reto, como un placer. La justicia convertida en el diario afán con que ama, reniega y lucha por Nicaragua”.

Hago mías sus palabras en este acto solemne que reconoce la vida de Sergio Ramírez Mercado, sus aportes culturales y literarios, y la gran significación y trascendencia nacional e internacional que han tenido para evidenciar la realidad contemporánea de nuestra región. No en vano, es uno de los mejores referentes que podrían llevar perfectamente el título de “Embajador de Centroamérica”.

La Universidad de Costa Rica se enorgullece de otorgar su máxima distinción a don Sergio, abogado, escritor e intelectual nicaragüense, quien sin duda es una de las personalidades más destacadas en el ámbito latinoamericano. Para nuestra institución y para nuestro país, este reconocimiento simboliza un merecido homenaje a una vida de lucha por mantener una voz ética y firme frente a situaciones de represión y de opresión, sobre todo en nuestro país hermano Nicaragua. Este reconocimiento también celebra la continuidad de esa creación literaria, que evoluciona desde el sentir de una persona, para representar el sentir de una nación. Con ella, percibimos un relato-testimonio –desde la ficción y el ensayo– de la historia regional que, como centroamericanos y centroamericanas, no debemos olvidar ni invisibilizar.

Don Sergio es, en efecto, un escritor imprescindible. Su pluma acompaña a las personas lectoras a conocer personajes nacidos de una observación atenta de la realidad, pero también a conocer los pormenores de sus entornos sociales, inevitablemente marcados por los sistemas políticos que los inspiran.

Es difícil enmarcar la vida de don Sergio en pocas palabras, especialmente considerando cuánto puede decirse de él, en las múltiples facetas que ha desempeñado. La vida política de Sergio Ramírez Mercado está muy vinculada al proceso de movilización estudiantil contra la Dictadura, que inició en su país en el año 1959 con las luchas por la autonomía universitaria y culminó con la caída del dictador Anastasio Somoza Debayle, en julio de 1979. Después de este acontecimiento histórico continúa desarrollando una intensa actividad política con diferentes cargos y ocupaciones, hasta la década de 1990, cuando se retiró de la política para retomar su vida de escritor.

Su visión de mundo, intensamente orientada hacia la defensa de la democracia, ha teñido también su prolífera labor literaria, testimonial, ensayística e histórica, la cual en muchos casos da cuenta de las relaciones de poder y los secretos a voces de las dictaduras y gobiernos represivos en la región. En sus palabras: “la novela cuenta mejor la historia que la historia misma”.

Este es el caso de su última novela, *Tongolele no sabía bailar*. Esta obra culmina la que, por ahora, es una trilogía sobre la historia del inspector Dolores Morales y la revelación de los profundos entramados de corrupción, narcotráfico y absoluto abuso de poder en Nicaragua. El jurado del Premio Cervantes declaró que, con esta novela, “(...) refleja la viveza de la vida cotidiana, convirtiendo la realidad en una obra de arte con excepcional altura literaria”. Cito a don Sergio en uno de los conversatorios sobre este libro:

No me interesa el dictador como personaje; ya hay mucha novela en América Latina que retrata al dictador mítico que nunca quiere bajarse del poder, que se olvida del tiempo y del espacio, que cree que es eterno. Me interesa la gente bajo el peso del poder, y cómo resulta víctima del poder, lo quieran o no. Incluso los defensores del poder, que se vuelven víctimas del poder mismo, como en el caso de Tongolele, que termina siendo un personaje verdaderamente dramático en la novela.

Este sentir refleja el profundo compromiso humanista que, también, impregna la obra de Ramírez. Y como él mismo lo ha afirmado: “escribir un mundo en el que la gente vive bajo una dictadura arbitraria, que no respeta sus propias leyes, tiene muchos riesgos; yo los estoy pagando”.

Se refiere don Sergio a lo que ha vivido en los últimos meses, tras acusaciones de la fiscalía de Nicaragua que, a la postre, fueron cambiando la naturaleza de su situación de seguridad en el país. Pero también a la propia publicación de esta última novela, prohibida en su país por relatar la brutal represión acontecida en 2018. Destaco que, ni siquiera bajo la dictadura de Somoza, fueron prohibidos sus libros en Nicaragua.

Don Sergio: nos solidarizamos con usted, con la experiencia que le ha tocado vivir, y con la represión hacia su figura como escritor. Como bien usted lo ha afirmado, se trata de una represión contra la literatura, la libertad de expresión y la libertad de creación. Hace muchos años no veíamos la prohibición de un libro en América Latina, ni la persecución de su autor. Por medio de este reconocimiento, el más alto que otorga nuestra institución, manifestamos nuestra solidaridad con el pueblo de Nicaragua.

Fiel a sus principios de defensa de los derechos humanos y de la libertad del pensamiento, la Universidad de Costa Rica se ha pronunciado contra las acciones represivas del Gobierno de Nicaragua, especialmente en el marco de las últimas elecciones. Así lo reiteró recientemente, ante la prohibición de entrada a uno de nuestros docentes catedráticos en el marco de una investigación académica. Esta es una afrenta a la autonomía universitaria, que ante todo garantiza la generación del conocimiento libre, crítico y reflexivo.

En este contexto, comparto la visión de don Sergio sobre el papel de las universidades en nuestra región: mantener el rigor académico y las manos abiertas a la sociedad, pues “no podemos concebir una universidad sin excelencia. De lo contrario, sería caer en la demagogia de la educación”.

Las universidades en Centroamérica deben seguir abriendo espacios para que todas las voces sean escuchadas en el marco del respeto a los demás y la libertad de expresión. Espacios como este son un aporte a la crítica y a la reflexión acerca de la sociedad en la que nos estamos transformando, y acerca de los gobiernos que la sociedad demanda y requiere.

Centroamérica tiene inmensos retos, pues sigue siendo una región de desigualdades y profundas inequidades. Parafraseando a don Sergio: si los procesos democráticos no logran producir bienestar y equidad en la sociedad, se vuelven estériles y entran en peligro de que la ciudadanía los ponga en duda. Esto abre espacio a los extremos, que con discursos demagógicos buscan llenar las deficiencias que la democracia presenta.

Según nos comentó don Sergio, las migraciones masivas hacia el norte del continente, o de los nicaragüenses hacia Costa Rica, demuestran esta inequidad. Lo cito:

“Se trata de personas que no encuentran, en sus propios países, los recursos y el trabajo suficientes para satisfacer sus necesidades, ni el clima de tranquilidad y paz que la democracia trae a los ciudadanos. La represión política los obliga también a exiliarse. Entonces, exilio, inequidad e injusticia social y económica son marcas que todavía enseñan el rostro de Centroamérica que no hemos podido borrar”.

A partir de esta declaración, quiero aprovechar para referirme brevemente a dos aspectos que considero sumamente relevantes en el marco de esta ocasión.

En primer lugar, me permito destacar que la multiculturalidad de nuestra nación se ha enriquecido enormemente gracias a las personas que provienen de otros países por múltiples razones y han hecho de nuestro país el suyo. En particular, esto es relevante para las personas nicaragüenses que ahora viven en Costa Rica, las familias interculturales que han formado, y las nuevas generaciones de costarricenses que son hijos e hijas de nicaragüenses. A todas ellas debemos muchísimo. Don Sergio es una voz clave, ética y de referencia para la diáspora nicaragüense y para quienes queremos una Nicaragua con una convivencia democrática, con justicia, oportunidades e inclusión.

En segundo lugar, hago referencia a la condición de exilio. Para don Sergio, “el exilio no es un estado natural para una persona. Esto sería vivir en su propio país, para contribuir con su desarrollo y su cultura. El exilio es una imposición que rompe este vínculo”.

Don Sergio se ha referido a sí mismo como un escritor exiliado, lejos del mundo político, perseguido por sus palabras. A sus casi ocho décadas, reconocemos la certeza de que tiene por delante el mundo literario. Por esto, no puedo dejar de destacar la entereza y el valor de seguir haciendo uso de su voz para denunciar y generar conciencia pública sobre lo que acontece en su país, con personas detenidas por su pensamiento y su tendencia hacia la democracia. A don Sergio no solo le auguramos un regreso pronto y seguro a casa, sino también un regreso en el marco de una verdadera democracia.

Culmino esta intervención, citando nuevamente a don Sergio Ramírez Mercado, en breve Doctor *Honoris causa* por la Universidad de Costa Rica:

Para un escritor, estar exiliado es nada más cambiar de condiciones a la hora de realizar su propia escritura, pero nunca significaría, para mí, dejar de escribir.

Muchísimas gracias.

MAESTRA DE CEREMONIAS: —A continuación, tendremos el honor de recibir en este escenario al Dúo Toner Voix, integrado por el Dr. Ernesto Rodríguez Montero, director de la Escuela de Artes Musicales de nuestra *alma mater*, quien es tenor, y por Tanya Cordero Cajiao, pianista y subdirectora de esta unidad académica. Ambos nos van a interpretar dos piezas de compositores nicaragüenses: “A una cubana”, de Mario Rocha Ortega, con la letra de Rubén Darío, y “Palomita de Guasiruca”, de Carlos Mejía Godoy.

- ***Presentación del Dúo Toner Voix. Ernesto Rodríguez, tenor, y Tanya Cordero, pianista.***

******Aplausos******

MAESTRA DE CEREMONIAS: —Nuestro profundo agradecimiento al Duo Toner Voix, por esta extraordinaria presentación.

- ***Entrega del Título de Doctor Honoris Causa al Dr. Sergio Ramírez Mercado.***

MAESTRA DE CEREMONIAS: —A continuación, el señor director del Consejo Universitario y el señor rector procederán a condecorar al Dr. Sergio Ramírez Mercado con el título de Doctor *honoris causa* y una medalla de la Universidad de Costa Rica. Invito al señor rector para que por favor nos lea el título que se le va a entregar.

*****Se ponen de pie el Dr. Sergio Ramírez, el Dr. Gustavo Gutiérrez, el Dr. Germán Vidaurre***.**

EL DR. GUSTAVO GUTIÉRREZ: —Universidad de Costa Rica, confiere el título Doctor *Honoris causa* a Sergio Ramírez Mercado, en reconocimiento a su trayectoria como escritor, periodista y político y en gratitud a sus valiosos aportes al desarrollo social, a la cultura y a la literatura centroamericanas. Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. 23 de mayo de 2022.

******Aplausos******

MAESTRA DE CEREMONIAS: —Les solicito al señor rector y al señor director del Consejo Universitario que nos acompañen en los asientos reservados para ustedes, para de esta forma, escuchar la conferencia que impartirá el Dr. Sergio Ramírez Mercado, Doctor *Honoris causa* de la benemérita Universidad de Costa Rica.

- **Conferencia: La memoria y la imaginación (Reflexión de un lector vicioso), a cargo del Dr. Sergio Ramírez Mercado**

DR. SERGIO RAMÍREZ MERCADO: —Dr. Gustavo Gutiérrez Espeleta, rector de la Universidad de Costa Rica; Dr. Germán Vidaurre Fallas, director del Consejo Universitario; señores miembros del Consejo Universitario, señoras vicerrectoras y señores vicerrectores, autoridades universitarias, miembros de la comunidad universitaria, funcionarios, docentes y estudiantes; amigos, amigas, todos aquí presentes.

Siempre he creído que un escritor no puede ver las letras de su oficio con la escasa luz que dejan las ventanas cerradas, porque su razón de ser está en el mundo que muy afuera con sus voces y sus imágenes, y sobre todo si ha nacido en un país de portentos y esperpentos.

Por eso quiero empezar estas palabras asomándome a la ventana por la que se divisan los volcanes y los lagos de mi patria y también sus hondos dolores al otro lado de la frontera, con las cárceles donde la crueldad de la tiranía ha encerrado a decenas de prisioneros políticos, a quienes una vez más pido no olvidar en este país que goza de los dones inapreciables de la libertad.

No olvidar a quienes, desde las trincheras morales luchan por la dignidad secuestrada de Nicaragua, como monseñor Rolando José Álvarez quien está en huelga de hambre, encerrado en una iglesia en Managua, en protesta por la persecución que sufre y como el padre Harving Padilla, párroco de la Iglesia de San Juan Bautista de Masaya, también sometido a persecución.

De alguna manera, o de muchas maneras, pertenezco a esta universidad que hoy me honra como pocas veces en mi vida al hacerme parte de su claustro académico con este título honorífico.

Como el director del Consejo Universitario ha recordado, llegué a Costa Rica en el año de 1964, recién graduado en Nicaragua, para integrarme al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA), que tenía como secretario general al Dr. Carlos Tünnermann Bernheim, más tarde rector de la Universidad Nacional de Nicaragua, y como secretario adjunto al licenciado Carlos Caamaño, profesor de la Escuela de Estudios Generales de la Universidad de Costa Rica.

El CSUCA funcionaba en una casa del radio de San Pedro de Montes de Oca, a la vera de la Ciudad Universitaria Rodrigo Facio —el prócer cuya huella aún muy fresca—, en ese entonces la Universidad de Costa Rica estaba bajo el rectorado memorable de don Carlos Monge Alfaro.

De esa vida universitaria aprendí muchas cosas, cercano como me volví a tantos a los profesores, humanistas, literatos, historiadores, sociólogos y en toda mi estancia de más de doce años, más tarde electo secretario general del CSUCA, vi crecer y evolucionar a esta universidad, luego bajo el rectorado de otro gran costarricense: don Eugenio Rodríguez Vega.

Escojo entre mis recuerdos de esos primeros años uno que tiene que ver con el escritor que entonces empezaba a ser, y así me veo en un aula del edificio de Estudios Generales, abarrotada de estudiantes, oyendo hablar a Carlos Luis Fallas Sibaja acerca de sus experiencias de vida como militante político, y de su militancia en la literatura, hablando de su libro emblemático *Mamita Yunai*, y también de aquel otro que yo he preferido siempre entre los suyos: su novela autobiográfica *Marcos Ramírez*, por entrañable, y por entrar tan hondo, con ojos de niño, que son los ojos que un escritor nunca debe perder en su propia vida: la vida de los de abajo, por los que siempre luchó con íntima convicción.

Y de allí a mi amistad tan perdurable con don Paco Amighetti Ruiz, artista plástico, escritor y profesor de la Escuela de Bellas Artes; con don Carlos Meléndez Chaverri, historiador devoto, y con don Constantino Láscaris Conmeno Micolaw, filósofo singular. En ese entorno, mi pasión por Yolanda Oreamuno Unger, a la que llegué por medio de Lilia Ramos y, en fin, mi complicidad de tantos años con don Alberto Cañas Escalante y con Samuel Rovinski Gruszco, con quienes me junté para organizar, en 1971, el I Festival

Cultural Centroamericano, con el que se inauguró la Biblioteca Nacional, bajo la presidencia de José Figueres Ferrer.

La memoria de todos ellos vive siempre en mí.

Como escritor y como lector, me planteo la lectura como un acto de gozo. No temo afirmar que el primer deber de un libro de ficción es provocar lo que podríamos llamar un estado de felicidad en el lector; y aún las lágrimas que se vierten al leer acerca de dolores y desventuras, como ocurre con las novelas de Dickens, esas lágrimas son parte de ese mismo gozo, la otra cara de la moneda de la risa que nos causan las andanzas de don Quijote, a la par de la melancolía que siempre nos deja aquel caballero de la triste figura.

Lo digo, porque al tratar de iniciar a alguien en la lectura, lo peor es anteponer entre el lector y el libro el aburrido propósito pedagógico. Un libro solo es capaz de enseñar si primero gusta, si nos seduce con sus encantos. Si nos gusta, si nos fascina, si nos hace reír, si nos conmueve, si nos saca lágrimas, si nos entretiene, toda enseñanza, toda filosofía, cualquier moraleja que queramos poner en él, se volverá inútil, pues nadie llega a la última página de un libro fastidioso; y cuando el lector abandona la lectura al apenas empezar, es como si ese libro nunca hubiera sido escrito para ese lector.

Y un libro, como una casa de varios pisos, admite diversas lecturas. Se sube por las escaleras a pisos diferentes, y en ese piso al que ahora ascendemos vamos a descubrir cosas que no habíamos visto en el piso anterior. Las habitaciones están amobladas de manera diferente, las ventanas dan a paisajes que no sospechábamos.

El Quijote es un formidable edificio de muchos pisos con múltiples habitaciones, puertas, escaleras, pasillos, ventanas. Desde que entramos en él sabemos que es un libro para reírse, aunque Unamuno nos advierte que don Quijote no es cómico porque cuente chistes –jamás este loco cuenta ninguno–, es cómico porque asume el mundo que inventa en su cabeza con toda seriedad, y es de eso de lo que nos reímos, aunque de allí deviene también el otro carácter que ese libro tiene, ya dije, que es el de la melancolía. Don Quijote es cómico, pero también melancólico. En él se juntan esos dos dones tan bien aparejados en la buena literatura, que son los del humor y la melancolía.

Se trata de un libro divertido, lleno de risa y disparates, un libro acerca de un loco que anda por los caminos en busca de los fantasmas de su imaginación, que no le dan sosiego, y ha convencido a un vecino suyo, simple, ambicioso y crédulo, de que lo acompañe en sus aventuras de las que le promete va a sacar ventajas, entre otras nada menos que la gobernación de una insula. Le va a dar poder y riqueza a un simple.

En el camino, el loco se dispone al combate contra molinos que cree gigantes, y al ensartar su lanza en las aspas movidas por el fuerte viento que sopla, que para su imaginación descalabrada son los brazos de los gigantes, la lanza se quiebra y es derribado junto con su caballo; se topa con un carro donde llevan en unas jaulas dos leones africanos, enviados de regalo al rey por el general de Orán, y se empeña en abrir la puerta de las jaulas.

Y otra, no menos risible, cuando descabeza a los títeres de un retablo donde se representa la huida de un caballero que rescata a su dama de entre los moros que salen en su persecución, y, de pronto, el loco, decidido a acudir en auxilio de los amantes, “con acelerada y nunca vista furia, comenzó a llover cuchilladas sobre la titerera morisma, derribando a unos, descabezando a otros, estropeando a éste, destrozando a aquél...”.

Lo importante es que ese candidato a lector al que estamos induciendo entre en la lectura con pies ligeros, sin temor a las cargas pesadas, y se convenza de que no se trata de un libro lleno de tedio que se le caerá entre las manos, la cabeza pesada de sueño. Hay que proponerle la lectura como un paseo ameno en una mañana soleada, animarlo a que se disponga a ser parte de las aventuras del loco como un tercero de la partida, montado en su propia cabalgadura, él, don Quijote, y Sancho, protagonistas los tres.

También el Quijote es un libro sobre el poder, sobre las ambiciones de mando, sobre la corrupción, sobre esa fuerza transformadora que el poder tiene sobre las personas, como le pasa a Sancho cuando toma posesión como gobernador de la ínsula de Barataria. El poder se convierte en una fascinación, en un vicio, en una deformación; pero, También, como Sancho lo demuestra, puede llegar a ejercerse con bondad y sabiduría. Se puede salir de un cargo público forrado en dinero mal habido; o pobre y sin blanca, como le ocurre a Sancho.

Es un libro múltiple, ese edificio que digo de varias plantas, y cada planta tiene muchas habitaciones, cada una con su propio decorado. Y allí uno podía quedarse a vivir para siempre, porque las puertas de ese libro son como los de una casa cordial y acogedora, que siempre se hallan abiertas.

Pero en una casa, en un edificio como ese, uno vive de manera voluntaria. Debe poder y entrar a salir a su antojo. Si a uno le dan la casa por cárcel, con la prohibición de salir del libro, ha perdido la libertad, y ya se trata de vivir allí como un asunto obligatorio. Y nada de lo que se hace por obligación causa gusto ni afición.

En sus conferencias del Teatro Coliseo de Buenos Aires del año 1977, publicadas bajo el título *Siete noches*, al hablar de la enseñanza de la literatura, Jorge Luis Borges cita una frase del doctor Johnson: “la idea de la lectura obligatoria es una idea absurda: tanto valdría hablar de felicidad obligatoria”.

No hay felicidad obligatoria, pero la lectura la prepara; cuando un libro nos atrapa, y llegamos a un punto en que nos sobrecogen el asombro y la admiración, estos sentimientos se transforman en dicha, una dicha inefable; la lectura es un asunto de libertad de escogencia, y de íntima felicidad. No podemos sacar gozo del castigo, y un libro impuesto viene a ser un castigo. “Si el relato no los lleva al deseo de saber qué ocurrió después, el autor no ha escrito para ustedes”, agrega el doctor Johnson. “Déjenlo de lado, que la literatura es bastante rica para ofrecerles algún autor digno de su atención, o indigno hoy de su atención y que leerán mañana”.

El asunto está en saber inducir a alguien a ver el acto de leer como una aventura al final de la cual ya nunca seremos los mismos, porque las páginas en que nos hemos sumergido nos habrán transformado, aunque en ese momento no lo percibamos. Pero la propuesta de gozo no puede ser, insisto, nunca pesada, porque nadie disfruta de una promesa de aburrimiento.

Cuando a un escritor le piden señalar los diez libros que se llevaría consigo a una isla desierta, generalmente empieza por *El Quijote*, *La Odisea*, *La Biblia* o *La Divina Comedia*, son obras clásicas, y a muchos esa palabra los pone en alerta. Si se trata de un clásico, por definición se le considera aburrido; ya lo anuncia el pesado talante de libro empastado y de grueso volumen, anuncio de su carácter soporífero. Al contrario, ya se trate de Homero, de Shakespeare, de Cervantes o de Balzac, un clásico es siempre una promesa de dicha que siempre estará allí esperando por nosotros.

¿Por qué? Porque siempre tendrá algo nuevo que contarnos o que enseñarnos, por mucho que ya antes lo hayamos leído, según nos recuerda Ítalo Calvino. Un libro es un amigo fiel que tiene la virtud de abrirse a nosotros solo cuando lo buscamos, aunque de alguna manera viva en nuestra cabeza y al mismo tiempo en los estantes de la biblioteca. Un amigo verdadero, recordemos, es aquel capaz de confiarnos sus intimidades. ¿Y no es lo que ocurre con los libros, que se abren sin condiciones para nosotros apenas empezamos a leer?

Pero si alguien pregunta por qué se debe leer *El Quijote* y respondemos que es imprescindible porque contiene una filosofía de la vida, o porque nos revela un mundo de enseñanzas morales, habremos perdido de seguro un lector de ese libro imprescindible sin cuyo conocimiento, viviremos una vida disminuida.

Solamente después, cuando haya terminado de leer, el lector se habrá convertido en habitante del mundo que Cervantes ha creado en esas páginas inolvidables. Porque para entonces su deseo encandilado será que el libro debió seguir, que debió haber más aventuras de aquellas donde el caballero andante cree ser, se queda haciendo la penitencia de fingirse loco, él, que ya está loco, y se pone cabeza arriba, con las nalgas

al aire, mientras envía a Sancho con una carta para su dama, que es analfabeta, y siendo tan hermosa se ve convertida en una aldeana que huele a cebolla, reducida a criar cerdos por obra de malvados encantadores.

Y la nostalgia por lo leído llevará a emprender dos o tres lecturas más, y luego muchas otras, porque aquel libro se le habrá vuelto infinito, muy a gusto en ese edificio de habitaciones incontables, y esas nuevas lecturas llegará a hacerlas ya no en el orden en que están puestos los capítulos, sino entrando por cualquier de ellos a cualquier de sus habitaciones, asomándose por cualquiera de las ventanas.

Es hasta entonces que el lector empezará sus propias reflexiones sobre lo que aquellos dos personajes representan, y lo que su mundo representa, y podrá sacar todas las conclusiones morales y filosóficas que quiera, y abrirse a interpretaciones, empezando por la tan llevada y traída representación del idealismo en don Quijote y el materialismo en Sancho. Pero solo como una consecuencia, cuando el lector conquistado sea ya un habitante feliz de aquella enorme casa alzada en los campos de la Mancha.

Un libro que pretende ser pedagógico, y que entre las descripciones de la acción va intercalando lecciones morales o filosóficas, o prevenciones o advertencias o máximas, es un libro muerto de antemano porque le va metiendo palos a la rueda de la vida que en las páginas de una novela debe girar sin tropiezos.

Las novelas no son sobre periodos de la historia, espacios geográficos, teorías filosóficas, o asuntos religiosos; no se trata tampoco de tratados políticos o sociológicos. Las novelas tienen que ver con los seres humanos: sus ambiciones, su idealismo, su perversidad, sus heroísmos y debilidades, la miseria y la gloria, la maldad y la nobleza, la devoción y la envidia, la generosidad y los celos, y nos muestran cómo estos atributos, siempre en tensión y contradicción, se dan dentro de los mismos individuos.

La consabida frase final “y vivieron felices para siempre...” indica el cierre de una historia llena de peripecias que hemos seguido con desazón, y a la vez la apertura de otra que ya a nadie le interesa, y que ocurre fuera de las páginas del libro. Se trata de lo que pasa después del drama, y no vale la pena contarle porque la felicidad siempre es monótona.

Lo que apasiona son los obstáculos al amor que no puede resolverse en paz, al viaje de regreso que no se puede realizar. La trama empieza cuando en la relación amorosa entra un tercero, o es estorbada por la voluntad de un malvado, o cuando en el viaje se ponen obstáculos insalvables o por un impedimento que no termina de quitarse de por medio. Los obstáculos son, entonces, la razón de todo relato: la interrupción constante de la felicidad.

El amor, el poder, la locura, la muerte, los hallaremos en las tragedias de Esquilo, en los dramas de Shakespeare, en las novelas de Cervantes, en las de Dickens, en las de Balzac, en las de Tolstoi. La condición humana sigue siendo la misma a través de los milenios.

Fiodor, el padre rencoroso y atrabiliario, avaro y despiadado, que se disputa a la misma mujer con Dmitri, su propio hijo, llega hasta nosotros en toda su plenitud en las páginas de *Los hermanos Karamazov*, porque somos capaces de reconocerlo tal como lo retrata Dostoievski; y tal como nos lo relatamos nosotros en nuestras mentes es posible, porque nos parece real, así como las voces de los muertos que Juan Rulfo pone a hablar debajo de las tumbas en *Pedro Páramo* nos son familiares porque lo que cuentan son ambiciones mal cumplidas y pasiones de amor que carcomen aún después de la muerte. Y siempre seguiremos viendo a una lady Macbeth que incita a su marido al crimen, movida por la ambición y por la brujería, aunque Shakespeare haya muerto hace tantos siglos.

Cuántos buenos lectores se han perdido por causa de las imposiciones escolares, que mandan leer por fuerza de los programas de estudio libros pesados e indigeribles, o que por falta de método son presentados como tales.

Y cuántos buenos lectores, y a lo mejor escritores, se han ganado gracias a los libros prohibidos, pues lo que la imposición no consigue lo consigue la curiosidad. Los censores son, sin excepción, personas amargadas y hostiles al espíritu de libertad.

Quien no aprende nunca a leer, quien no se vuelve desde temprano un vicioso de los libros no sabe de lo que se pierde. Se expondrá a llevar una vida mutilada y, a lo mejor, amarga, igual que la de los censores, lejos de los espejismos y los fragores de la imaginación. Se perderá un amigo, consuelo de la soledad. “Cervantes es buen amigo. Endulza mis instantes ásperos y reposa mi cabeza...”, dice Rubén Darío, que supo lo que era la soledad y supo a la vez lo que era el vicio irrefrenable de leer.

Tengo un amigo en las islas Baleares que sostiene una relación clandestina con los libros. Su mujer, irritada hasta el cansancio de verlo aparecer cada día con nuevos libros, le prohibió llevar uno más a casa. Los incómodos huéspedes habían desbordado los estantes y se habían instalado en el comedor, en los pasillos y la cocina, para no hablar del dormitorio y el retrete. “Casa tomada”, como el cuento de Julio Cortázar.

Entonces, cuidando el ruido de sus pasos, pues para subir al escondite debía pasar frente a la puerta de su propio apartamento, tras de la cual acechaba la celosa mujer, empezó a subir con las bolsas de nuevos libros por la estrecha escalera, para meter con todo sigilo la llave en la cerradura y entrar al escondite que se había creado después de alquilar un nuevo piso en el mismo edificio. Era como si ahora tuviera una amante.

Un día, desde el café de la esquina donde bebíamos una cerveza, me invitó a visitar el refugio secreto, y subí con igual cuidado que el suyo las escaleras para no despertar sospechas. La puerta casi no abría, obstruida por los libros, pues agotado el espacio de los estantes se hacinaban en rimeros en el suelo. Estará ahora buscando un nuevo escondite, ya no en el mismo edificio sino en otro, para ejercer su poligamia con los libros.

Tengo otro amigo en Buenos Aires, cuyos libros, de igual manera, ya no cabían en su apartamento, pero, a diferencia de aquel otro de las Baleares, esta no era una relación clandestina, sino compartida con su mujer. Así que empezaron a discutir lo que podían hacer frente a aquella presencia cada vez más creciente. Cuando se pusieron a hacer una selección, los libros terminaron por volver a sus sitios de siempre, viejos conocidos a los que no podía negarse asilo.

Entonces se les ocurrió que no había mejor remedio que dejar el apartamento a los libros, y buscarse ellos otro sitio donde vivir. Otra vez, casa tomada. Encontraron un nuevo lugar, y hacia allá se mudaron. Ahora van a ver cómo están, los acomodan un poco, les sacuden el polvo, y luego se sientan a leer. Cumplida la visita, se despiden, apagan la luz, y hasta mañana.

Cuando los libros ya no caben en la cocina, y llegan a los baños, no hay más que rendirse. Si desbordan la casa, desbordan la vida. Imponen su abundancia, y con su abundancia, su tiranía. Don Alfonso Reyes, el gran escritor mexicano, cuando el arquitecto le preguntó qué clase de casa quería, respondió que una biblioteca con un cuarto para dormir. Una cama cercada de libros.

¿Cómo crear ese vicio? Estimulando las lecturas capaces de atraer y de seducir, yendo de lo simple a lo complejo, empezando por recomendar un cuento de los hermanos Grimm, luego leyendo a uno Chejov o de Rulfo, antes de llegar por fin a una novela de Faulkner, o al *Ulises* de Joyce, ya no se diga. O yendo primero a los capítulos y pasajes más divertidos de *El Quijote*, a alguno de los cuentos fascinantes de *Las Mil y una noches*.

Y para que un estudiante adquiera el vicio de la lectura, antes deben adquirirlo los padres y los maestros, con espíritu cómplice. Ser parte de la conspiración de leer, comportarse como cabecillas de una hermandad de iniciados. Abrirles una puerta al paraíso, donde espera la manzana dorada entre las frondas del árbol del bien y el mal.

Sin lector no hay escritor. Son dos caras de una misma moneda. Ya lo dice Borges: “De todos los instrumentos del hombre, el más asombroso es, sin duda, el libro. Los demás son extensiones de su cuerpo. El microscopio, el telescopio, son extensiones de su vista; el teléfono es extensión de la voz; luego tenemos el arado y la espada, extensiones del brazo. Pero el libro es una extensión de la memoria y la imaginación”.

De alguna manera todos somos Alonso Quijano, buscando encarnar en la lectura el personaje que en nuestras propias vidas nos está vedado ser. Una manera de ser otros, distintos y, con eso, conseguir la libertad que nos permite multiplicarnos, vivir vidas ajenas, ser otros. Cambiar la realidad sin escapatoria por la imaginación que nos abre puertas múltiples.

Ahora, en el exilio, no puedo sino pensar en la biblioteca que he dejado atrás en Nicaragua, una casa dentro de otra casa, construida a lo largo de muchos años desde que mi afición impenitente por la lectura me llevó a juntar libros.

Un ladrillo tras otro ladrillo, muros de libros que reclamaban cada vez más estantes, provenientes de mis correrías por librerías de muchas ciudades; librerías suntuosas, con palcos, platea y escenario, como la del Ateneo en Buenos Aires; la librería Lillo, de Oporto, que parece una capilla gótica, o la biblioteca de un alquimista; otras pequeñas y acogedoras donde reina siempre el silencio, o librerías de viejo en buhardillas donde no falta tampoco el aroma a vejez de la naftalina; libros rescatados de entre el arcaico surtido de los cajones de los bouquinistas de la rivera izquierda del Sena. O como aquella librería del Sótano en la ciudad de México, allá en los sesenta, que exhibía los libros sobre tabloneros sin cepillar montados en burros.

No sé cuántos son mis libros. Creo que nunca lo he sabido. Alguien me ha preguntado alguna vez, si he alcanzado a leerlos todos, una pregunta de gran candidez, porque algo así es imposible. Leerse todos los libros coleccionados a lo largo de la vida sería un acto borgiano que puede llevar a la locura.

Hacerse de una biblioteca que se convierte en un verdadero bosque frondoso, toma tiempo, o toma toda una vida. Yo he vivido dentro de ese bosque, y solo yo puedo orientarme dentro de él, solo yo sé dónde está cada libro, cada árbol, y puedo ir directamente a buscarlo. En alguna ocasión alguien me convenció de clasificarlos, y resultó en un verdadero desastre. Cuando regresé de un viaje me hallé con el trabajo cumplido de manera muy profesional, cada libro con su etiqueta de clasificación, y un fichero de varias gavetas en una esquina.

Pero fue como si el orden establecido por aquella mano experta hubiera trastornado mi mundo, y me encontré perdido en mi propio bosque. Ya no sabía dónde estaba cada libro, dónde estaba cada árbol al que yo podía ir directamente, dentro del caos organizado en que todos vivían en paz y armonía, y me sentí extranjero en mi propio mundo. De manera que volví a colocarlos como antes los tenía, para llegar hasta ellos sin más guía que mi propia memoria.

Ahora todo está en silencio en ese bosque. Imagino los estantes de libros en la penumbra, quietos, en el recinto cerrado, esperando la mano que los devuelva a la vida. La mía, que he vivido entre ellos, dichoso de su compañía. Exiliados también ellos, en su propia soledad. Muchas gracias.

*****Aplausos*****

MAESTRA DE CEREMONIAS: —Nuestro profundo agradecimiento al Dr. Sergio Ramírez Mercado por esta hermosa disertación “La memoria y la imaginación, reflexiones de un lector vicioso”. Les solicito ponerse de pie porque ahora todos y todas como miembros de la Benemérita Universidad de Costa Rica, vamos a entonar nuestra marcha universitaria.

- *Marcha Universitaria*

- *Clausura de la sesión*

MAESTRA DE CEREMONIAS: —Pueden tomar asiento. A continuación, el señor director del Consejo Universitario, procederá a clausurar esta sesión solemne.

EL DR. GERMÁN VIDAURRE: —A las once horas y veinticinco minutos, doy por finalizada esta sesión solemne. Muchas gracias a todas y todos. Que tengan buen día.

MAESTRA DE CEREMONIAS: —Muchas gracias a quienes estuvieron presentes en esta actividad y también a quienes nos siguieron por las diversas plataformas digitales y específicamente por Canal Quince UCR, al Dr. Sergio, muchísimas gracias por honrarnos con su presencia y estar aquí en su *alma mater*.

Dr. Germán Antonio Vidaurre Fallas
Director
Consejo Universitario

NOTAS:

1. Todos los documentos de esta acta se encuentran en los archivos del Centro de Información y Servicios Técnicos, (CIST), del Consejo Universitario, donde pueden ser consultados.
2. El acta oficial actualizada está disponible en <http://cu.ucr.ac.cr>